

843  
p.

QQ2244  
.F2  
H558  
V.2



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

# LAS HIJAS DE LA LUNA.

## I.

### DOS PIEDRAS.

El marqués de Pontalés era un hombre prudente que no gustaba nada de aventuras; únicamente por necesidad se había unido á la expedición de aquella noche.

Mr. de Blois y él trataban en efecto de potencia á potencia, y desde el momento en que Mr. de Blois se ponía á trabajar, no podía retroceder Pontalés.

Era la primera vez que se entregaba á aquella clase de trabajos. Hasta entonces había permanecido á la espalda de Roberto, contribuyendo gustoso á los gastos de la guerra, pero no presentando nunca el cuerpo á combate.



Esto le sentaba mejor.

Y ciertamente hubiera mirado sin duda como un impostor á cualquiera que le hubiese anunciado aquella misma mañana los acontecimientos de aquella noche.

El marqués de Pontalés, propietario de sesenta mil libras de renta, jugando al escondite entre las malezas y desafiando á los tribunales como un malhechor....

Pero las circunstancias son muy poderosas y el hombre mas hábil empeñado en ciertas empresas, debe jugar el todo por el todo en un momento dado.

Esto no quiere decir que Pontalés al pasar el rio Oust con sus cuatro compañeros no hiciese reflexiones bastante tristes. Hubiera vaciado su bolsa con el mayor gusto por ser trasportado repentinamente contra las murallas de su castillo.

Puédese tambien pensar que á pesar de los deseos antiguos y apasionados que de destruir la antigua influencia de los Penhoel y reemplazarlos tenia, no hubiera empeñado la batalla si hubiese previsto desde el principio los peligros de aquella noche.

Entonces habia avanzado mucho para retroceder.

El peligro era grande delante como detrás y las probabilidades de salvacion se encontraban de la parte del crimen.

Una vez que se hubo pisado la tierra al otro lado del agua, fué escogido Bibandier para dirigir las operaciones. Esto no era derogar, sino servir

bajo las órdenes de un general glorioso. Pontalés era marqués, Roberto se decia caballero y Bibandier no era mas que un simple presidario prófugo; pero la historia está llena de estos ejemplos, donde se ve á los príncipes ceder el mando á valientes oficiales hijos de la fortuna.

Bibandier se mostró en seguida á la altura de su nueva autoridad.

Su primer cuidado fué acordarse del batel que habia servido para pasar las dos hijas del tio Juan.

—Vamos á necesitar ese cascara de nuez, dijo agarrando el gancho.

Y se puso á bogar á lo largo de la orilla hasta que hubo llegado al batel, arrastrado por la corriente: lo sujetó con el gancho, amarrándolo mas arriba del camino de Redon, á uno de aquellos mismos sauces que habian servido de refugio á Roberto y Blas la noche de su llegada al castillo de Penhoel.

Luego volvió hácia su pequeño ejército, tranquilo y sin darse la mayor prisa.

—El batel iba derecho á la olla de la Dama Blanca, murmuró; así no habrá necesidad mas que de dejarlo correr mejor.

—¡Ah! dijo Roberto; es preciso tomar un partido.... Deben llevarnos alguna delantera, pero no nos costará mucho trabajo ni tendremos que esperar para atraparlas.

—¡Atraparlas!.... repitió el bandido; preciso, serian mejores piernas que las nuestras.... Si co



mo yo las hubiéseis visto correr á media noche por los campos.... ¡Vuela, Jugnete!.... ¡Vuela, Pequeñito!.... ¡Son muy buenos ginetes las tales chiquillas!

—¿Y qué vamos á hacer?

Bibandier sacó del bolsillo la pipa y el eslabon.

—¿Quereis encender, Mr. Roberto?..... dijo; aun tendremos tiempo suficiente para fumar una pipa.

—No se trata de chancearse, dijo Mr. de Blois con tono imperioso.

De un solo golpe seco y maravillosamente dado consiguió hacer arder la yesca el antiguo bandido: luego llenó su pipa de tabaco y la encendió, haciendo sonar los lábios.

Pontalés ocultaba su fisonomía bajo las desmesuradas alas del sombrero. La fria insolencia de aquel bribon, como le llamaba desde el fondo de su corazon, no le presagiaba nada bueno. Mr. Le-Hivain pensaba en su casa devastada.

Blas se acercó á Roberto, que golpeaba el suelo con impaciencia.

—Si no le dejais que haga lo que quiera, dijo en voz baja, no conseguiremos nada esta noche.

—¡Al menos que se explique!

—En cuanto á eso, dijo Bibandier apoyándose sobre la yerba, voy á hacerte un programa, Americano.

Roberto se estremeció. Hacia mas de tres años que no habia sonado en sus oídos aquel nombre, y

desde el mismo espacio de tiempo afectaba el pobre Bibandier en su presencia el mas profuado respeto.

El antiguo bandido replicó mientras Blas reia, ocultándose de Roberto:

—¡Aquí no hay mas personas prudentes que el Zalamere y yo!....

Blas cesó de reir.

—El señor abogado, prosiguió Bibandier, que se cree muy bien oculto bajo su sombrero de paja, podría decirnos que en un proceso el cliente no da consejos á su defensor.

La fisonomía de Macrocéfalo se prolongó notablemente. El marqués temia ser á su vez reconocido.

Pero Bibandier, fuese porque ignorase verdaderamente el nombre de su cuarto compañero, fuese por gusto de tranquilizar á Pontalés, replicó en seguida:

—En cuanto al otro no puedo hablar, puesto que no tengo el placer de conocerlo.... Vamos; no te alteres, Americano; ya voy á decirte el programa de las operaciones; como decia Benaparte, esperar y hacerse el muerto; helo aquí.

—Y durante ese tiempo, objetó Macrocéfalo, saquearán mi domicilio.

—Esactamente.

—Y serán robados los documentos, añadió Roberto.



—Me parece muy natural, hijo mio.

—Escucha, dijo Roberto, que queria intentar hacer uso de su autoridad: se te ha prometido pagarte espléndidamente, pero no se te ha dado derecho para insolentarte.... Haz tu trabajo ó vete.

—¿Dónde? preguntó Bibandier con dulzura; ¿á Redon?.... ¿á decir al señor procurador del rey lo que pasa aquí?.... Americano, tú no me crees capaz! ¡Qué diablos! Hoy se arrastra uno como una culebra para mañana levantarse tan orgulloso como un leon: ya sabes lo que es la vida!.... Vamos, añadió cambiando de tono; somos unos niños, Mr. Roberto! Concedo que he hecho mal y os pido mil perdones.... Entre caballeros no se puede hacer otra cosa.

Levantó y tendió con una gracia muy noble su mano, que Roberto no se atrevió á rechazar.

—Así pues, prosiguió, está ya arreglado el negocio; el honor está satisfecho!.... Ahora hablemos de cosas formales.

Si estuviésemos en un país civilizado donde para ir de un punto á otro no hay mas que un camino, os diria: marchemos y persigamos á nuestros angelitos con la espada en la mano; pero aquí en la aldea de Bains, donde se mezclan y cruzan mas de mil senderos y caminos, si nos separásemos y tomásemos cada uno un camino, se podria apostar uno contra mil á que las chicuelas pasaban entre nosotros sin que pudiéramos de ningun modo cogerlas.

—Es verdad, dijo Blas.

Y en efecto, la reflexion era tan rigurosamente precisa, que nadie encontró la menor objecion que hacer.

—Hubieras podido explicarte desde un principio, murmuró únicamente Roberto.

—Pudiera recoger esa palabra, replicó Bibandier con gravedad; pero sacrificio una susceptibilidad legítima al interés general. Queda ya suficientemente probado que perseguir á las chicas seria una barbaridad: resta ahora por saber cómo podremos darles caza.

Creo haber resuelto el problema antes que ninguno diciéndoos: Esperemos.

—¿Pero y si entre tanto pasan el rio? observó Macrocéfalo.

—¡Buena idea! Entre tanto.... eso quiere decir por el molino de los Houssayes, porque no hay otro paso posible.

Pues bien; el Americano y ese caballero á quien no tengo el honor de conocer, pueden emprender la marcha con velocidad é ir á guardar el puente de los Houssayes.

—Así es, esclamó Pontalés ébrio de alegría por tener un pretexto para alejarse del lugar probable de la accion; Mr. de Blois, estoy á vuestras órdenes.

—Y si vienen por allí, preguntó Roberto, ¿les impedimos el paso?

—Nada de eso, contestó Bibandier; os separareis muy políticamente, porque habreis tenido tiempo



de levantar cinco ó seis tablas del puente, y por allí es muy ancho y profundo el río.

Pontalés tenía fría hasta la médula de los huesos, á pesar del sofocante calor que hacía.

Roberto le tomó del brazo y siguieron la corriente del agua á pasos precipitados.

—Cinco ó seis tablas cuando menos, pero mejor seis que cinco, les gritó desde lejos el buen sepulturero, porque Juguete y Pequeñito saltan como cabras.

Pontalés y Roberto se perdían ya en la oscuridad.

—Nosotros, dijo Bibandier conduciendo hácia los saucos á sus dos camaradas, pongámonos de reten si gustais. Vos, señor embrolla-pleitos, estais encargado especialmente de las cuerdas, y ahora silencio.

Estaban acostados sobre la yerba.

Al combinar la parte de su plan relativo al puente de Houssayes, no había contado Bibandier con la admirable agilidad de los dos caballitos. Pontalés y Roberto estaban aún ocupados en levantar la primera plancha cuando oyeron á lo lejos el galope de Juguete y Pequeñito. Levantáronse irresolutos, colocándose á la cabeza del puente sin saber lo que iban á hacer.

Solo su vista detuvo á las dos jóvenes, que dirigieron su carrera hácia la barca.

Pontalés y Roberto abandonaron entonces su puesto para seguir las á lo lejos.

Cuando llegaron á Port-Corbeau encontraron muy adelantada la maniobra.

Diana y Elena con unos pañuelos en la boca y solidamente agarrotadas, estaban en el fondo del batel.

Bibandier tenía el gancho en la mano.

—¡Ahl ¡ahl dijo probando las cuerdas que sujetaban las piernas y los brazos de las dos jóvenes; ya está hecho todo en regla, y se os puede dar la patente de saber hacer nudos escurridizos, señor embrolla-pleitos.

—¿Tenían los documentos? preguntó vivamente Roberto.

—Sí por cierto, contestó Bibandier. ¡Ahl Con niñas como estas se haría fortuna en París. Se meten por el ojo de una aguja.

—Dame los papeles, dijo Roberto.

Bibandier le rechazó suavemente.

—Nadie se los va á comer, buen hombre, murmuró; pero es preciso que las cosas se hagan con regularidad. Cuando todo esté acabado daré la cuenta; hasta entonces paciencia.

—Quiero que me des esos papeles, repitió Roberto con imperioso tono.

—El rey dice: Queremos.... murmuró el antiguo bandido. Yo quiero que me dejes en paz.... y si no me dejas, añadió irguiéndose con altivez y seguridad, me planto y tú procurarás acabar el asunto.



—No insistais, murmuró Pontalés al oído de Roberto; ese hombre quiere algunos luses mas y se los daremos.

—Ahora, señores, dijo Bibandier, hacedme el obsequio de desearme un buen viaje. Voy á partir.

—¡Solo no! exclamó Roberto, que concebía vagas sospechas; es preciso que al menos te acompañe Blas.

Blas hizo un gesto marcado de desagrado, pero ni se tomó el trabajo de negarse.

—El batel no soportaría el peso de cuatro personas.... objetó Bibandier sin perder nada de su calma singular, mezclada de una especie de burla que conservaba desde el principio de la aventura; quiero ahogar á mi prójimo simplemente, pero el suicidio repugna á mis principios.

Entró en la barca, poniendo un cuidado escrupuloso en colocar á las dos jóvenes á derecha é izquierda para poder maniobrar sin hacerles daño.

—Los dos querubines estarán aquí tan cómodamente como en sus lechos! dijo agitando el agua con el extremo del gancho.

Ninguno entre los cuatro cómplices del crimen podía librarse de la opresion que su corazon sentia. Todas las miradas se fijaban por una especie de fascinacion sobre las dos pobres niñas, acostadas en el fondo del batel. La alegría del bandido sombreaba mas el carácter atroz de aquella escena.

Diana y Elena estaban tendidas de espaldas con los brazos atados en cruz.

La luna, que cortaba en aquel momento las nubes que cubrían el cielo, mostraba la gracia esquisita de sus cuerpos y sus pálidos rostros, en que se leía la resignacion del martirio.

Bibandier solo permanecía tranquilo ante aquel desgarrador espectáculo.

—Señores, dijo mientras separaba el barco de la orilla, voy á daros un buen consejo..... La fiesta continuará en el castillo.... Creedme; id á dar algunas vueltas de vals: siempre es bueno tener presente la coartada.

Este término de tribunal sonó como una amenaza en los oídos de los tres cómplices, que se dirigieron en silencio hácia la barca; pero Bibandier los llamó repentinamente.

—Hacedme aún otro obsequio, si gustais, dijo. Olvidaba embarcar dos piedras para impedir que los angelitos suban á flor de agua.

Un sudor frio corrió por las sienas de Pontalés. Macrocéfalo fué el que acercó las dos piedras.

Bibandier abandonó al fin la orilla, dejando al batel deslizarse por la superficie mientras cantaba él una de esas canciones lentas y tristes que miden el trabajo de los forzados en la tarea.

La luna brillaba, argentando con sus rayos la especie de nubes que formaba el vapor suspendido sobre la cascada de Treméulé.

La Dama Blanca parecia crecer y mecerse lentamente sobre el abismo.



Los cuatro compañeros vieron durante algunos minutos deslizarse tranquilo el batel por la superficie de las aguas.

Luego desapareció entre los grandes pliegues de vapor que formaban el ropaje de la Dama Blanca.



## POBRES NIÑAS!

Roberto de Blois, el marqués de Pontalés y sus dos compañeros subieron al castillo de Penhoel. Todos marchaban en silencio. De cuando en cuando se volvía uno de ellos, como á pesar suyo, para dirigir una mirada furtiva hácia donde se elevaba la Dama Blanca, iluminada por los rayos de la luna.

Parecía oír á lo lejos el ruidó sordo y siniestro de la cascada de Tremeulé.

En las malezas que cubrían toda la vertiente de la colina había un camino que conducía á la cabaña de Benito Haligan.